

[DE LAS HEREJÍAS.]

ADVERTENCIA AL LIBRO DE LAS HEREJÍAS.

El instigador y autor que motivó a Agustín a escribir este libro fue Quodvultdeus, diácono de Cartago. A ello se refieren las siguientes cartas: la primera es de Quodvultdeus, quien solicita a Agustín que publique un catálogo de herejías, abarcando brevemente sus errores y ritos propios; la segunda es de Agustín, quien excusa la dificultad de la obra, advirtiendo que ya ha sido intentada por otros. Quodvultdeus responde, insistiendo vehementemente para que no niegue esta tarea a su petición, más aún, al deseo universal. Finalmente, Agustín, vencido, acepta la labor y el cuidado de escribir sobre las herejías, cuando sus otras ocupaciones se lo permitan. Pues ahora se ve obligado a refutar a Juliano, y también se ve apartado de la revisión de sus obras, tarea que considera muy necesaria; añade que ya ha completado dos volúmenes de esta revisión, habiendo revisado todos sus libros. Observamos que estos dos volúmenes fueron completados alrededor del año 427 d.C. en el primer tomo: dado que el libro sobre las Herejías es posterior, parece que debe ser datado alrededor del año 428. Posidío en el Índice, cap. 5, señala, "Sobre las Herejías a Quodvultdeus diácono, obra incompleta". E Isidoro en "De Viris Illustribus", cap. 9, dice: "Primasio, obispo africano, compuso en lenguaje escolástico tres libros sobre las Herejías, dirigidos al obispo Fortunato, explicando en ellos lo que el B. Agustín dejó incompleto en su libro sobre las Herejías debido a su muerte". En efecto, Agustín promete en el final del prefacio otra parte de la obra, para mostrar qué hace a alguien hereje, parte que no alcanzó a abordar debido a su muerte.

Cuatro cartas sobre el mismo libro.

CARTA CCXXI.

Al señor mercedadamente venerable, y verdaderamente beatísimo padre AGUSTÍN obispo, QUODVULTDEUS diácono.

1. Durante mucho tiempo he estado temeroso, y he pospuesto varias veces atreverme a escribir estas líneas: pero principalmente me animó, como suele decirse, la benevolencia de Vuestra Beatitud, comprobada por todos; al considerarla, temí aún más, no sea que al no pedir, sea juzgado orgulloso por el Señor, al no buscar, perezoso, y al no llamar, negligente. Creería que me bastaría con tener tal voluntad, si no pudiera obtener el fruto: pero como sé con certeza que la puerta de la palabra divina, que la gracia celestial ha abierto a Vuestra Veneración, está dispuesta a abrirse no solo a todos los que desean entrar, sino también a persuadir a los que no quieren, para que no les pese entrar; no haré perder tiempo a la Reverencia de Vuestra Santidad con un discurso superfluo, sino que brevemente indicaré el deseo de mi súplica.

2. Deduzco de mí mismo que hay algunos en el clero de esta ciudad tan amplia que son ignorantes; y ofrezco a la consideración de Vuestra Santidad cuánto beneficiaría a todo ese orden lo que solicito. Pues presumo que, por el privilegio de todos los que se benefician de tus trabajos espirituales, también yo, indigno, lo alcanzaré, señor mercedadamente venerable, y verdaderamente beatísimo padre. Ruego, por tanto, a Vuestra Beatitud, que desde que la religión cristiana recibió el nombre de la herencia prometida, cuáles han sido y son las herejías; qué errores han introducido, introducen; qué han pensado, piensan, contra la Iglesia católica, sobre la fe, la Trinidad, el Bautismo, la penitencia, el hombre Cristo, el Dios Cristo, la resurrección, el Nuevo y el Antiguo Testamento, y todo aquello en lo que disienten de la verdad: cuáles también tienen Bautismo, cuáles no; y después de cuáles bautiza, pero no

rebautiza la Iglesia, cómo recibe a los que vienen, y qué responde a cada uno con ley, autoridad y razón, te dignes exponer.

3. No crea Vuestra Beatitud que soy tan inepto como para no darme cuenta de cuántos y cuán grandes volúmenes se necesitan para resolver estas cuestiones. Pero no espero que esto se haga; pues no dudo que ya se ha hecho de muchas maneras: sino que pido que brevemente, de manera concisa y sumaria, se expongan las opiniones de cada herejía, y qué sostiene la Iglesia católica en contra, en la medida en que sea suficiente para la instrucción: para que, como en un recordatorio compuesto de todo, si alguien desea conocer más ampliamente, más plenamente y más claramente alguna objeción o refutación, se remita a los voluminosos y magníficos escritos, en los que consta que se ha trabajado en este mismo asunto por diversos autores, y especialmente por Vuestra Veneración. Creo que tal advertencia será suficiente, tanto para los doctos como para los ignorantes, para los ociosos y los ocupados, y para el ministerio de cualquier grado promovido en la Iglesia desde cualquier lugar; mientras que aquel que ha leído mucho, lo recuerda brevemente, y el ignorante es instruido de manera concisa, para que sepa qué debe sostener, qué evitar; qué rechazar para no hacer, qué alcanzar para hacer. Quizás, si lo que pienso es cierto, incluso contra las mentes maliciosas y las lenguas engañosas de los calumniadores, esta pequeña obra no faltará como testimonio entre las otras maravillosas coronas de tu testimonio: para que aquellos a quienes se les abre un campo más amplio para calumniar, acorralados por los fuertes y en todas partes concluyentes límites de la fe, y rodeados por todos los tipos de armas de la verdad, incluso con un solo dardo multiforme, de repente derribados, no se atrevan a exhalar sus espíritus mortecinos.

4. Veo cuán oneroso soy para un santo anciano que piensa en cosas mejores y dispone cosas mayores, y que soporta las quejas del cuerpo. Pero por Cristo el Señor te ruego, quien te ha concedido participar de su sabiduría sin envidia, que dones esta gracia a los ignorantes de la Iglesia, quien te reconoces deudor a sabios e insensatos (Rom. I, 14), con razón y justicia dirás: "Ved que no he trabajado solo para mí, sino para todos los que buscan la verdad" (Ecli. XXIV, 47, y XXXIII, 18). Podría aún ofrecer súplicas y múltiples ruegos, y asociar conmigo a multitudes de ignorantes: pero he preferido ya escuchar al dictante, que ocupar al lector.

CARTA CCXXII.

Al queridísimo hijo y compañero diácono QUODVULTDEO, AGUSTÍN obispo.

1. Recibidas las cartas de tu Caridad, donde con ardentísimo deseo solicitaste que escribiera algo brevemente sobre todas las herejías que han surgido después del advenimiento del Salvador, cuán difícil es esto, inmediatamente respondí por medio de mi hijo, el primado de los hiponenses, Filocalo: pero ahora también se ha presentado esta ocasión, por la cual te respondo, y brevemente te muestro la dificultad de esta obra.

2. Un tal Filastrio, obispo de Brescia, a quien también vi en Milán con el santo Ambrosio, escribió un libro sobre esto; sin omitir aquellas herejías que existieron en el pueblo judío antes del advenimiento del Señor, y enumeró veintiocho de ellas: y después del advenimiento del Señor, ciento veintiocho. También escribió sobre esto en griego el obispo chipriota Epifanio, conocido laudablemente en la doctrina de la fe católica: pero él, recopilando las herejías de ambos tiempos, abarcó ochenta. Así que, aunque ambos quisieron hacer lo que me pides, ves cuánto difieren entre sí en cuanto al número de sectas, lo cual no habría sucedido si no les pareciera a ambos algo diferente lo que es una herejía. No se debe pensar que Epifanio ignoraba algunas que Filastrio conocía, ya que encontramos a Epifanio mucho más docto que Filastrio; de modo que más bien deberíamos decir que Filastrio desconocía muchas, si aquel

abarcó tantas más y este menos. Pero sin duda, en esa cuestión donde se discute qué es una herejía, no les parecía lo mismo a ambos; y realmente es muy difícil definir esto: y por eso hay que tener cuidado, cuando intentamos enumerarlas todas, de no omitir algunas, aunque sean herejías; o de incluir algunas, cuando no lo son. Considera, pues, si tal vez debería enviarte el libro del santo Epifanio: pues creo que habló de esto con más sabiduría que Filastrio; y podría ser traducido al latín más fácilmente y con más comodidad en Cartago, para que tú más bien nos proporciones lo que nos pides.

3. Recomiendo mucho al portador. Es subdiácono de nuestra diócesis; pero del fundo del honorable y queridísimo Orontio. Por él y por su padre, quien lo adoptó, también escribí a él; y cuando tu Benignidad cristiana haya leído esas cartas, te pido que te dignes ayudar con tu intercesión ante el mencionado hombre. También envíe con él a un hombre de la Iglesia, para que no le fuera difícil acceder a tu Santidad: pues estoy bastante preocupado por él, de la cual preocupación el Señor, como espero, me liberará por la diligencia de tu caridad. También te pido que no te pese escribirme sobre cómo está en la fe católica ese Teodosio, por quien algunos maniqueos fueron delatados; y si aquellos que creemos que fueron delatados por él, han sido corregidos. Si también has oído algo sobre la partida de los santos obispos, hazme saber. Que vivas en Dios.

CARTA CCXXIII.

Al señor merecidamente venerable, y beatísimo sagrado padre AGUSTÍN obispo, QUODVULTDEUS diácono.

1. Recibí una carta de tu Reverencia, que te dignaste enviar por medio de un eclesiástico. Pues la que tu Beatitud mencionó haber enviado antes, por el honorable Filocalo, aún no ha llegado a mí. Sin embargo, aunque siempre he sido consciente de mis propios pecados, ahora he reconocido claramente que mi persona es un impedimento para toda la Iglesia al no obtener el favor que he solicitado. Pero confío plenamente, ya que quien por la gracia de su Unigénito se dignó borrar los crímenes del género humano, tampoco permitirá que los míos prevalezcan para la perdición de todos, y más bien hará que donde abundó el pecado, la gracia sobreabunde (Rom. V, 20), señor merecidamente venerable, y beatísimo padre. La dificultad de la obra que he suplicado que se nos conceda para instruirnos a los más ignorantes por tu benevolencia, no la ignoro, como ya predije; pero he presumido con corazón veraz de la abundancia de la fuente divina que el Señor te ha otorgado.

2. Pues aunque se recuerda que los venerables obispos Filastrio y Epifanio escribieron algo similar, lo cual sin duda me es desconocido entre otras cosas, o más bien como todo, no creo que hayan puesto tal cuidado y diligencia en adjuntar opiniones contrarias a cada una de las opiniones, y en detallar los ritos; además, esa obra de ambos, sea cual sea, no tiene quizás la brevedad que deseo. También es inútil delegar a un hombre que no ha aprendido latín la elocuencia griega; porque no solo he pedido consejo, sino también ayuda. ¿Y qué debo advertir a Vuestra Veneración sobre no solo la dificultad, sino también la oscuridad de los intérpretes, cuando tú mismo puedes juzgar esto más y mejor? Se añade a la causa que se enseña que también han surgido algunas herejías después de la muerte de aquellos, de las cuales no hicieron mención.

3. Por lo tanto, recorro al patrocinio peculiar de tu piedad, y con mi voz, pero con el deseo universal, apelo al sagrado pecho de tu piedad preparado para la misericordia; dejando de lado los sabores extranjeros, considera el texto de la carta anterior, el pan africano, que nuestra provincia suele tener como principal, también sazonado con maná celestial, no lo

niegues al que llama tarde y sufre hambre. Pues ciertamente no cesaré de llamar, hasta que tú mismo concedas: para que lo que no obtiene el privilegio, donde no hay mérito, al menos lo merezca la importunidad incansable.

CARTA CCXXIV.

Al señor sinceramente amado, hermano y compañero diácono QUODVULTDEO, AGUSTÍN obispo.

1. Cuando se me ofreció esta ocasión de escribir por medio del presbítero de Fussala, a quien recomiendo a tu Caridad, revisé tu carta, en la que pides que escriba algo sobre las herejías que pudieron surgir desde que se comenzó a anunciar el advenimiento del Señor en la carne. Hice esto para ver si ya debía emprender la obra misma, y enviarte algo de ella; donde consideraras que es tanto más difícil cuanto más breve deseas que sea. Pero ni siquiera esto pude hacer, impedido por tales preocupaciones que sobrevinieron, de las cuales no podía en absoluto desentenderme: pues me apartaron de lo que tenía entre manos.

2. Esto es donde respondo a los libros de Juliano, que publicó ocho después de aquellos cuatro a los que antes respondí. Pues cuando el hermano Alipio los recibió en Roma, aún no había copiado todos, cuando no quiso dejar pasar la ocasión de enviarme cinco; prometiendo enviar pronto los otros tres, e insistiendo mucho en que no demorara en responder. Forzado por su insistencia, he tenido que llevar a cabo lo que estaba haciendo con menos intensidad; para no faltar a ninguna de las dos obras, una durante el día, otra durante la noche, cuando se me permitiera por otras ocupaciones que no dejan de venir de aquí y de allá. Estaba llevando a cabo una tarea muy necesaria: pues estaba revisando mis obras, y si algo en ellas me ofendía, o podía ofender a otros, trabajaba para corregirlo, ya sea reprendiéndolo, ya sea defendiéndolo, lo que debía y podía ser leído. Y ya había completado dos volúmenes, habiendo revisado todos mis libros, cuyo número desconocía: y descubrí que eran doscientos treinta y dos. Quedaban las cartas, luego los discursos populares, que los griegos llaman homilías. Y ya había leído muchas de las cartas, pero aún no había dictado nada de ellas, cuando estos libros de Juliano comenzaron a ocuparme, a los cuales ahora he comenzado a responder al cuarto. Así que cuando haya terminado de responder a este, y al quinto, si no han llegado los otros tres, planeo (si Dios quiere) comenzar también lo que pides, llevando a cabo ambas cosas a la vez, esto es, y aquello de la revisión de mis obras, distribuyendo los tiempos nocturnos y diurnos en cada una.

3. Esto lo insinué a tu Santidad, para que cuanto más deseo tengas de recibir lo que pides, tanto más fervientemente pidas al Señor que me ayude, para que sirva a tu loable estudio, y a la utilidad de aquellos a quienes consideras que les será útil, señor sinceramente amado hermano. Recomiedo de nuevo al portador, y el asunto por el cual ha ido; si conoces a quien debe tratarse, te pido que no te pese ayudar. Pues no podemos abandonar las necesidades de hombres de este tipo, que no son nuestros colonos, sino, lo que es más, hermanos, y en la caridad de Cristo pertenecen a nuestro cuidado. Que vivas en Dios.

SAN AURELIO AGUSTÍN OBISPO DE HIPONA SOBRE LAS HEREJÍAS A QUODVULTDEO Un libro. (C,S)

Lo que pides muy a menudo y con insistencia, santo hijo Quodvultdeus, que escriba algo sobre las herejías digno de ser leído por aquellos que desean evitar doctrinas contrarias a la fe cristiana, y que engañan bajo la apariencia del nombre cristiano; sepas que hace mucho tiempo, mucho antes de que lo pidieras, pensé en hacerlo, y lo habría hecho, si al considerar

cuidadosamente qué y cuán grande era, no hubiera sentido que estaba más allá de mis fuerzas. Pero como confieso que nadie me ha insistido tanto como tú en pedirlo; en esa tu insistencia tan molesta también atendí tu nombre, y dije: Empezaré, y haré lo que Dios quiere. Pues confío que Dios quiere esto, si con su favor misericordioso me lleva al término de esta obra, para que por el ministerio de mi lengua se muestre solamente la gran dificultad de este asunto, o incluso, con su ayuda más plena, se elimine. De las cuales dos cosas, la que puse en primer lugar, hace tiempo que la medito y la contemplo con cierta reflexión: pero lo que dije después, confieso que no lo he recibido; y no sé si mientras hago esto, para lograrlo, mientras pido, mientras busco, mientras llamo, tal vez lo recibiré: sé, sin embargo, que no lo pediré, ni lo buscaré y llamaré lo suficiente, a menos que también reciba este afecto por el don de la inspiración divina. En esta obra, pues, que he emprendido en la voluntad de Dios por tu vehemente urgencia, ves que para llevarla a cabo no debo ser tanto impulsado por tus frecuentes peticiones hacia mí, como ayudado por las piadosas oraciones a Dios no solo tuyas, sino también de otros hermanos, que puedas encontrar como fieles compañeros en esta empresa. Para que esto se haga, he cuidado de enviar a tu Caridad estas mismas primeras partes de mi trabajo, donde está esta introducción, con la ayuda del Señor: para que por lo que resta, sepáis cuánto debéis orar por mí, todos los que podáis saber que ya he emprendido este negocio tan grande, que deseáis que complete.

Pides, pues (como indican tus cartas, que me diste cuando comenzaste a pedirme estas cosas), que exponga brevemente, de manera concisa y sumaria, desde que la religión cristiana recibió el nombre de la herencia prometida, cuáles han sido y son las herejías; qué errores han introducido, introducen; qué han pensado, piensan, contra la Iglesia católica, sobre la fe, la Trinidad, el Bautismo, la penitencia, el hombre Cristo, el Dios Cristo, la resurrección, el Nuevo y el Antiguo Testamento. Al ver que estas indagaciones tuyas se extienden en gran medida, pensaste que debía aplicarse un compendio de cierta generalidad, y dijiste: "Y todo aquello en lo que disienten de la verdad". Luego añadiste: "Cuáles también tienen Bautismo, cuáles no; y después de cuáles bautiza, pero no rebautiza la Iglesia: cómo recibe a los que vienen; y qué responde a cada uno con ley, autoridad y razón". Al buscar que todas estas cosas sean expuestas por mí, me sorprende tu brillante ingenio, que anhela la verdad de tantas y tan grandes cosas, y al mismo tiempo teme el tedio pidiendo brevedad. Pero tú mismo viste también qué podría pensar en este lugar de tu carta; y como si vigilante te anticiparas a mi pensamiento, dijiste: "No crea Vuestra Beatitud que soy tan inepto como para no darme cuenta de cuántos y cuán grandes volúmenes se necesitan para resolver estas cuestiones. Pero no espero que esto se haga: pues no dudo que ya se ha hecho de muchas maneras". Y como sugiriendo un consejo, cómo puede mantenerse la brevedad y al mismo tiempo exponer la verdad, añades las palabras que ya puse antes, y dices: "Pero brevemente, de manera concisa y sumaria, pido que se expongan las opiniones de cada herejía, y qué sostiene la Iglesia católica en contra, en la medida en que sea suficiente para la instrucción". Aquí de nuevo te extiendes: no porque estas cosas no puedan o no deban decirse brevemente; sino porque son tantas, que aunque se digan brevemente, requieren muchas letras: pero tú dices: "Para que, como en un recordatorio compuesto de todo, si alguien desea conocer más ampliamente, más plenamente y más claramente alguna objeción o refutación, se remita a los voluminosos y magníficos escritos, en los que consta que se ha trabajado en este mismo asunto por diversos autores, y especialmente por Vuestra Veneración". Al decir esto, indicas que deseas un solo recordatorio de todas estas cosas: escucha, pues, de qué te adviertes qué pides.

Opiniones de todos los filósofos, que fundaron diversas sectas, hasta sus tiempos (pues no podía más), un tal Celso las completó en seis volúmenes no pequeños. No refutó a ninguno, sino que solo expuso lo que sentían, con tal brevedad de discurso, que solo empleó

elocuencia en la medida en que bastaba para abrir e indicar la cuestión, sin alabarla, vituperarla, afirmarla o defenderla; habiendo nombrado casi a cien filósofos: de los cuales no todos instituyeron herejías propias; ya que tampoco consideró que debían ser silenciados aquellos que siguieron a sus maestros sin ninguna disensión. Nuestro Epifanio, obispo chipriota, recientemente apartado de los asuntos humanos, hablando de ochenta herejías, también escribió seis libros, recordando todo con una narración histórica, sin disputar contra la falsedad en defensa de la verdad. Estos libritos son ciertamente breves, y si se redujeran a un solo libro, ni siquiera este sería comparable en longitud a algunos de nuestros libros o de otros. Si imito su brevedad al recordar las herejías, no tendrás qué pedir o esperar de mí más brevemente. Pero no consiste ahí la suma de mi trabajo, lo cual podrá aparecerte, ya sea por mi demostración o incluso por tu anticipación, cuando lo haya hecho. Verás, en efecto, en lo que hizo el mencionado obispo, cuánto falta a la obra que deseas que se haga; ¿cuánto más a la que yo? Pues tú, aunque brevemente, estricta y sumariamente, deseas que también se responda a las herejías mencionadas: lo que él no hizo. Yo, en verdad, deseo hacer esto más, si Dios lo quiere, de modo que toda herejía, tanto la conocida como la desconocida, pueda ser evitada; y de donde pueda juzgarse correctamente cualquier cosa que se haga conocida. No toda equivocación es herejía; aunque toda herejía, que se pone en el vicio, no puede ser herejía sin algún error. Lo que hace a un hereje, en una cierta definición regular, como yo lo estimo, o no puede ser comprendido en absoluto, o puede serlo con gran dificultad: lo cual se declarará en el progreso de esta obra, si Dios la dirige, y lleva mi disputa a lo que pretendo. Qué utilidad tiene la investigación misma, incluso si no pudiéramos comprender cómo debe definirse a un hereje, debe ser visto y dicho en su lugar: pues si esto pudiera ser comprendido, ¿quién no vería cuánta utilidad hay? Las primeras partes de esta obra serán sobre las herejías que surgieron después de la venida y ascensión de Cristo contra su doctrina, y que de alguna manera pudieron hacérsenos conocidas. En las partes posteriores, se discutirá qué hace a un hereje. Cuando, por tanto, el Señor ascendió al cielo, estos herejes surgieron.

LIV.

I.

Simoniacos.

II.

Menandrianos.

III.

Saturninianos.

IV.

Basilidianos.

V.

Nicolaitas.

VI.

Gnósticos.

VII.

Carpocratianos.

VIII.

Cerintianos, o Merintianos.

IX.

Nazarenos.

X.

Ebionitas.

XI.

Valentinianos.

XII.

Secundianos.

XIII.

Ptolomeos.

XIV.

Marcitas.

XV.

Colorbasianos.

XVI.

Heracleonitas.

XVII.

Ofitas.

XVIII.

Cayanos.

XIX.

Setianos.

XX.

Arconticos.

XXI.

Cerdonianos.

XXII.

Marcionitas.

XXIII.

Apelitas.

XXIV.

Severianos.

XXV.

Tatianitas, o Encratitas.

XXVI.

Catáfrigos.

XXVII.

Pepuzianos, alias Quintilianos.

XXVIII.

Artotiritas.

XXIX.

Tessarescaedecatitas.

XXX.

Alogianos.

XXXI.

Adamianos.

XXXII.

Elcesaitas, y Sampsaitas.

XXXIII.

Teodotianos.

XXXIV.

Melquisedecianos.

XXXV.

Bardesanistas.

XXXVI.

Noetianos.

XXXVII.

Valesianos.

XXXVIII.

Cátaros, o Novacianos.

XXXIX.

Angélicos.

XL.

Apostólicos.

XLI.

Sabelianos, o Patripasianos.

XLII.

Origenistas.

XLIII.

Otros Origenistas.

XLIV.

Paulianos.

XLV.

Fotinianos.

XLVI.

Maniqueos.

XLVII.

Hieracitas.

XLVIII.

Meletianos.

XLIX.

Arianos.

L.

Vadianos, o Antropomorfitas.

LI.

Semiarianos.

LII.

Macedonianos.

LIII.

Arianos.

Aetianos, que también son Eunomianos.

LV.

Apollinaristas.

LVI.

Antidicomaritas.

LVII.

Masalianos, o Euchitas.

LVIII.

Metangismonitas.

LIX.

Seleucianos, o Hermianos.

LX.

Proclianitas.

LXI.

Patricianos.

LXII.

Ascitas.

LXIII.

Pasaloriniquitas.

LXIV.

Acuarios.

LXV.

Colutianos.

LXVI.

Florinianos.

LXVII.

Disidentes sobre el estado del mundo.

LXVIII.

Caminantes descalzos.

LXIX.

Donatistas, o Donatianos.

LXX.

Priscilianistas.

LXXI.

Que no comen con los hombres.

LXXII.

Retorianos.

LXXIII.

Que dicen que la divinidad de Cristo es pasible.

LXXIV.

Que piensan que Dios es triforme.

LXXV.

Que dicen que el agua es coeterna con Dios.

LXXVI.

Que dicen que la imagen de Dios no es el alma.

LXXVII.

Que opinan que hay innumerables mundos.

LXXVIII.

Que creen que las almas se convierten en demonios y en cualquier tipo de animales.

LXXIX.

Que creen que la liberación de todos en el infierno fue hecha por el descenso de Cristo.

LXXX.

Que dan inicio del tiempo al nacimiento de Cristo del Padre.

LXXXI.

Luciferianos.

LXXXII.

Jovinianistas.

LXXXIII.

Árabes.

LXXXIV.

Helvidianos.

LXXXV.

Paternianos, o Venustianos.

LXXXVI.

Tertulianistas.

LXXXVII.

Abeloitas.

LXXXVIII.

Pelagianos, que también son Celestianos.

I. SIMONIANOS de Simón el mago, quien bautizado por Felipe el diácono, como se lee en los Hechos de los Apóstoles, quiso comprar con dinero a los santos Apóstoles para que

también por la imposición de sus manos se diera el Espíritu Santo. Este con engaños mágicos había engañado a muchos (Hech. VIII, 9-19). Enseñaba además la detestable vileza de usar mujeres indiferentemente. Decía que Dios no había hecho el mundo. Negaba también la resurrección de la carne. Y afirmaba ser él mismo Cristo. Y quería que se le creyera Júpiter; y a una cierta prostituta Helena, que había hecho su cómplice en crímenes, ofrecía a sus discípulos imágenes suyas y de la misma prostituta para que las adoraran, las cuales también en Roma había establecido como simulacros de dioses con autoridad pública. En esta ciudad el apóstol Pedro lo extinguió con el verdadero poder de Dios omnipotente.

II. MENANDRIANOS de Menandro, también él mago, su discípulo, quien afirmaba que el mundo no fue hecho por Dios, sino por los ángeles.

III. SATURNINIANOS de un tal Saturnino, quien se dice que confirmó la vileza simoniana en Siria: quien también decía que el mundo fue hecho por solo siete ángeles sin el conocimiento del Dios Padre.

IV. BASILIDIANOS de Basilides, quien difería de los simonianos en que decía que había trescientos sesenta y cinco cielos, número en el que se incluye el año de días. De donde también recomendaba un nombre casi sagrado, que es, ἄβρασαζ, cuyas letras según el cálculo griego completan el mismo número. Son siete, α, y β, y ρ, y α, y σ, y α, y ξ: es decir, uno, y dos, y cien, y uno, y doscientos, y uno, y sesenta; que suman en total trescientos sesenta y cinco.

V. NICOLAITAS nombrados por Nicolás, uno, según se dice, de aquellos siete que los Apóstoles ordenaron diáconos (Hech. VI, 5). Este, cuando fue culpado por el celo de su bellísima esposa, se dice que, como causa de purgarse, permitió que quien quisiera la usara. Este hecho suyo se convirtió en una secta muy vil, que aprueba el uso indiferente de las mujeres. Estos tampoco separan sus alimentos de los sacrificados a los ídolos: y no rechazan otros ritos de supersticiones gentiles. También narran ciertas fábulas sobre el mundo, mezclando no sé qué nombres bárbaros de príncipes en sus disputas, con los que asustan a los oyentes; que a los prudentes les causan risa más que temor. Se entiende, además, que estos tampoco atribuyen la creación a Dios, sino a ciertos poderes, que fingen o creen con maravillosa vanidad.

VI. GNÓSTICOS se glorían de haber sido llamados así por la excelencia del conocimiento: aunque son más vanos y viles que todos los anteriores. De hecho, aunque son llamados de diferentes maneras en diversas partes del mundo, algunos también los llaman Borboritas, como si fueran sucios, por la excesiva vileza que se dice ejercen en sus misterios. Algunos piensan que surgieron de los nicolaitas: otros de Carpócrates, de quien hablaremos después. Transmiten dogmas llenos de fabulosas invenciones: también ellos capturan almas débiles con nombres terribles de príncipes o ángeles; y sobre Dios y la naturaleza de las cosas, tejen muchas fábulas alejadas de la salud de la verdad. Dicen que la sustancia de las almas es la naturaleza de Dios, y su llegada a estos cuerpos y su regreso a Dios lo insertan en sus errores según sus larguísimas y estupidísimas fábulas: y hacen que aquellos que les creen no sobresalgan por mucho conocimiento, como piensan, sino que se desvanezcan en mucha, por así decirlo, fabulosidad. También se dice que tienen en sus dogmas un dios bueno y un dios malo.

VII. CARPOCRATIANOS son de Carpócrates, quien enseñaba toda operación vil, y toda invención de pecado: y que no se puede evadir y pasar de otro modo los principados y potestades, a quienes esto agrada, para poder llegar al cielo superior. Este también se dice que

pensaba que Jesús era solo un hombre, y nacido de ambos sexos, pero que recibió un alma tal, que supiera las cosas que son superiores, y las anunciara. Rechazaba la resurrección del cuerpo junto con la Ley. Negaba que el mundo fuera hecho por Dios, sino por no sé qué virtudes. Se dice que una tal Marcelina, de su secta, adoraba imágenes de Jesús, Pablo, Homero y Pitágoras, adorándolas y poniendo incienso.

VIII. CERINTIANOS de Cerinto, los mismos que Merintianos de Merinto, diciendo que el mundo fue hecho por ángeles, y que es necesario circuncidarse en la carne, y observar otros preceptos de la Ley de este tipo. Aseveran que Jesús fue solo un hombre, que no resucitó, pero que resucitará. También fabulan que mil años después de la resurrección en el reino terrenal de Cristo, según los placeres carnales del vientre y la lujuria, sucederán: de donde también son llamados Quiliastas (Ver libro 20 de La Ciudad de Dios, cap. 7).

IX. NAZARENOS, aunque confiesan que el Hijo de Dios es Cristo, sin embargo, observan todas las cosas de la antigua Ley, que los cristianos por tradición apostólica no observan carnalmente, sino que han aprendido a entender espiritualmente (Ver libro 1 contra Cresconio, cap. 31).

X. EBIONITAS también dicen que Cristo es solo un hombre. Observan los mandamientos carnales de la Ley, a saber, la circuncisión de la carne, y otras cosas, de las cuales hemos sido liberados por el Nuevo Testamento. Epifanio une a esta herejía a los Sampsaitas y Elcesaitas, de tal manera que los pone bajo el mismo número, como si fuera una sola herejía, aunque indicando que hay alguna diferencia: aunque también en lo que sigue habla de ellos, poniéndolos bajo su propio número. Eusebio, al recordar la secta de los Elcesaitas, dice que enseñaba a negar la fe en la persecución, y a guardarla en el corazón (Eusebio, libro 6, cap. 38).

XI. VALENTINIANOS de Valentín, quien inventó muchas fábulas sobre la naturaleza de las cosas, afirmando que existieron treinta Eones, es decir, siglos, cuyo principio es el abismo y el silencio, que también llama al abismo padre. De estos dos, como de un matrimonio, dice que procedió el intelecto y la verdad, y que produjeron en honor del padre ocho Eones. Del intelecto y la verdad procedieron el verbo y la vida, y produjeron diez Eones. Además, del verbo y la vida procedieron el hombre y la Iglesia, y produjeron doce Eones. Así que ocho y diez y doce hacen treinta Eones, teniendo, como dijimos, el primer principio del abismo y el silencio. Cristo, enviado por el padre, es decir, por el abismo, trajo consigo un cuerpo espiritual o celestial: y no asumió nada de la virgen María, sino que pasó por ella como por un canal o una tubería sin asumir carne de ella. Niega también la resurrección de la carne, afirmando que solo el espíritu y el alma reciben salvación por Cristo.

XII. SECUNDIANOS se dice que difieren de los valentinianos en que añaden obras de vileza.

XIII. PTOLOMEO también discípulo de Valentín, deseando fundar una nueva herejía, prefirió afirmar cuatro Eones y otros cuatro.

XIV. MARCO también un no sé quién fundó una herejía, negando la resurrección de la carne, y afirmando que Cristo no sufrió verdaderamente, sino de manera aparente. También opinó que había dos principios opuestos entre sí, afirmando algo similar sobre los Eones como Valentín.

XV. COLORBASIO siguió a estos, no sintiendo mucho de manera diferente, afirmando que la vida de todos los hombres y la generación reside en los siete astros.

XVI. HERACLEONITAS de Heracleón discípulo de los anteriores, afirman dos principios, uno de otro, y de estos dos muchos otros. Se dice que redimen a los suyos que mueren de una manera nueva, es decir, con aceite, bálsamo y agua, y con invocaciones que dicen en hebreo sobre sus cabezas.

XVII. OFITAS nombrados por la serpiente: pues serpiente en griego se dice ὄφις. Sin embargo, consideran a esta como Cristo: pero también tienen una verdadera serpiente acostumbrada a lamer sus panes, y así se dice que santifican su eucaristía. Algunos dicen que estos Ofitas surgieron de los nicolaitas o gnósticos, y que a través de sus fabulosas invenciones llegaron a adorar a la serpiente.

XVIII. CAYANOS llamados así porque honran a Caín, diciendo que es de fortísima virtud. También consideran a Judas el traidor como algo divino, y su crimen lo consideran un beneficio; afirmando que previó cuánto sería la pasión de Cristo provechosa para el género humano, y por eso lo entregó para que fuera matado por los judíos. También se dice que honran a aquellos que, haciendo cisma en el primer pueblo de Dios, perecieron cuando la tierra se abrió (Num. XVI, 31-33), y a los sodomitas. Blasfeman la Ley, y al Dios autor de la Ley, y niegan la resurrección de la carne.

XIX. SETIANOS tomaron su nombre del hijo de Adán, que fue llamado Set: pues lo honran, pero con una vanidad fabulosa y herética. Dicen que nació de una madre celestial, a quien afirman que se unió con el padre celestial, de donde nacería otra simiente divina, como hijos de Dios. Estos también fabulan vanamente sobre principados y potestades. Algunos dicen que piensan que Sem, hijo de Noé, es Cristo.

XX. ARCONTICOS llamados así por los principados, dicen que el universo, que Dios creó, es obra de los principados. También practican cierta vileza. Niegan la resurrección de la carne.

XXI. CERDONIANOS nombrados por Cerdo, quien dogmatizó dos principios opuestos: y que el Dios de la Ley y los Profetas no es el padre de Cristo, ni es un Dios bueno, sino justo; pero el padre de Cristo es bueno: y que Cristo mismo ni nació de mujer, ni tuvo carne; ni verdaderamente murió o sufrió algo, sino que simuló la pasión. Algunos dicen que en sus dos principios dijo que había dos dioses, de tal manera que uno de ellos era bueno, y el otro malo. Niega la resurrección de los muertos, despreciando también el Antiguo Testamento.

XXII. MARCIÓN también, de quien los marcionitas son llamados, siguió los dogmas de Cerdo sobre los dos principios: aunque Epifanio dice que afirmó tres principios, bueno, justo, malo: pero Eusebio escribe que un tal Sinero, no Marción, fue el autor de tres principios y naturalezas (Eusebio, libro 5, cap. 13).

XXIII. APELLITAS son, cuyo líder es Apeles, quien introduce dos dioses, uno bueno, otro malo: sin embargo, no en dos principios diversos y opuestos entre sí; sino que hay un solo principio, a saber, el dios bueno; y que de él fue hecho el otro: quien, siendo maligno, se encontró que había hecho el mundo en su maldad. Algunos dicen que Apeles también pensó falsamente sobre Cristo, diciendo que no depositó carne del cielo, sino que la tomó de los elementos del mundo, la cual devolvió al mundo, cuando resucitó sin carne y ascendió al cielo.

XXIV. SEVERIANOS surgidos de Severo, no beben vino, porque con una fabulosa vanidad afirman que la vid brotó de Satanás y la tierra. También ellos inflan su doctrina no sana con los nombres de príncipes que quieren, rechazando la resurrección de la carne junto con el Antiguo Testamento.

XXV. TATIANITAS instituidos por un tal Taciano, que también son llamados Encratitas, condenan el matrimonio, y lo igualan completamente a las fornicaciones y otras corrupciones: ni reciben en su número a quien use el matrimonio, ya sea hombre o mujer. No comen carne, y la abominan toda. También estos saborean ciertas proclaciones fabulosas de los siglos. Contradicen la salvación del primer hombre. Epifanio distingue a los tatianos y encratitas de tal manera que dice que los encratitas son cismáticos de Taciano.

XXVI. CATÁFRIGOS son, cuyos autores fueron Montano como paracleto, y sus dos profetisas, Prisca y Maximila. Este nombre les dio la provincia de Frigia, porque allí surgieron, y allí vivieron: y aún ahora tienen pueblos en esas partes. Aseveran que la venida del Espíritu Santo prometida por el Señor, fue devuelta en ellos más que en los Apóstoles. Consideran las segundas nupcias como fornicaciones: y por eso dicen que el apóstol Pablo las permitió, porque sabía en parte, y profetizaba en parte: pues aún no había venido lo perfecto (I Cor. XIII, 9, 10). Deliran que esto perfecto vino en Montano y en sus profetisas. Se dice que tienen sacramentos funestos: pues se dice que de la sangre de un niño de un año, que extraen de todo su cuerpo con pequeñas heridas de punciones, confeccionan su eucaristía, mezclándola con harina, y haciendo pan de ella: si el niño muere, es tenido por ellos como mártir; si vive, como gran sacerdote.

XXVII. PEPUZIANOS o Quintilianos, nombrados por un lugar que Epifanio dice que es una ciudad desierta. Sin embargo, estos, considerando que es algo divino, la llaman Jerusalén: dando tanto poder a las mujeres, que también son honradas con el sacerdocio entre ellos. Dicen que a Quintila y Priscila en esa ciudad de Pepuza se les reveló Cristo en forma de mujer: de donde también son llamados Quintilianos. También ellos hacen de la sangre de un niño lo que dijimos que hacen los Catáfrigos: pues se dice que surgieron de ellos. De hecho, algunos dicen que esta Pepuza no es una ciudad, sino una villa de Montano y sus profetisas Prisca y Maximila; y porque vivieron allí, por eso el lugar mereció ser llamado Jerusalén.

XXVIII. ARTOTIRITAS son, a quienes su ofrenda les dio este nombre: pues ofrecen pan y queso, diciendo que las ofrendas de los primeros hombres fueron celebradas con frutos de la tierra y ovejas. Epifanio los une a los Pepuzianos.

XXIX. TESSARESCAEDECATITAS son llamados así porque no celebran la Pascua sino en la decimocuarta luna, sea cual sea el día de los siete que ocurra; y si ocurre el día domingo, ayunan y vigilan ese día.

XXX. ALOGIANOS, son llamados así, como si fueran sin verbo (pues λόγος en griego significa verbo), porque no quisieron recibir al Verbo de Dios, rechazando el Evangelio de Juan, cuya Apocalipsis tampoco aceptan, negando que estas escrituras sean suyas.

XXXI. Los ADAMIANOS son llamados así por Adán, cuya desnudez en el paraíso imitan, la cual existía antes del pecado. Por esta razón, rechazan el matrimonio: ya que Adán no conoció a su esposa antes de pecar ni antes de ser expulsado del paraíso. Creen, por tanto, que el matrimonio no habría existido si nadie hubiera pecado. Así, hombres y mujeres se reúnen

desnudos, escuchan lecturas desnudos, oran desnudos, celebran los sacramentos desnudos, y consideran que su paraíso es la Iglesia.

XXXII. ELCESAITAS y SAMPSAITAS son mencionados aquí por Epifanio en su debido orden, quienes, según él, fueron engañados por un falso profeta llamado Elci, de cuyo linaje se dice que adoraron a dos mujeres como diosas: sostienen creencias similares a los ebionitas.

XXXIII. Los TEODOTIANOS, fundados por un tal Teodoto, afirman que Cristo fue solo un hombre. Se dice que Teodoto enseñó esto porque, habiendo caído en la persecución, pensaba que de esta manera evitaba la vergüenza de su caída, al parecer que no había negado a Dios, sino a un hombre.

XXXIV. Los MELQUISEDECANOS consideran que Melquisedec, sacerdote del Dios Altísimo, no fue un hombre, sino una virtud de Dios.

XXXV. Los BARDESANITAS provienen de un tal Bardesanes, quien se dice que fue notable en la doctrina de Cristo al principio, pero después, aunque no en todo, cayó en la herejía de Valentino.

XXXVI. Los NOETIANOS, de un tal Noeto, quien decía que Cristo era el mismo Padre y el Espíritu Santo.

XXXVII. Los VALESIOS se castran a sí mismos y a sus huéspedes, creyendo que de esta manera deben servir a Dios. También se dice que enseñan otras doctrinas heréticas y vergonzosas, pero ni Epifanio las menciona, ni he podido encontrarlas en ninguna parte.

XXXVIII. Los CÁTAROS, que se llaman a sí mismos con este nombre, como si fuera por pureza, de manera muy arrogante y odiosa, no admiten segundas nupcias, niegan la penitencia, siguiendo al hereje Novato: por lo cual también son llamados novacianos.

XXXIX. Los ANGÉLICOS, inclinados al culto de los ángeles, de quienes Epifanio ya testimonia que han desaparecido por completo.

XL. Los APOSTÓLICOS, que se llamaron a sí mismos con este nombre de manera muy arrogante, porque no recibían en su comunión a quienes usaban esposas y poseían bienes propios: tales como la Iglesia Católica tiene en muchos monjes y clérigos. Pero estos son herejes porque, separándose de la Iglesia, creen que no tienen esperanza aquellos que usan las cosas de las que ellos carecen. Son similares a los encratitas: pues también son llamados apotactitas. Pero también se dice que enseñan otras doctrinas heréticas propias que no sé cuáles son.

XLI. Los SABELIANOS se dice que derivaron de aquel Noeto que mencionamos antes; pues algunos afirman que Sabellio fue su discípulo. Pero no sé por qué Epifanio cuenta estas dos herejías, ya que parece posible que Sabellio fuera más famoso, y por eso esta herejía tomó su nombre de manera más célebre. Los noetianos son difíciles de conocer por alguien: pero los sabelianos están en boca de muchos. Pues algunos los llaman praxeos por Praxeas; y podrían ser llamados hermogenianos por Hermógenes: quienes, sintiendo lo mismo que Praxeas y Hermógenes, se dice que estuvieron en África. Sin embargo, estas no son varias sectas; sino varios nombres de una sola secta, de aquellos hombres que en ella se hicieron más conocidos: como los donatistas, que son los mismos parmenianistas; como los pelagianos, que son los mismos coelestianos. Por lo tanto, no he podido encontrar claramente por qué Epifanio puso a los noetianos y sabelianos no como dos nombres de una sola herejía,

sino como dos herejías, porque si difieren entre sí, lo dijo de manera tan oscura, quizás por brevedad, que no lo entiendo; pues en este lugar, donde también nosotros, mencionando a los sabelianos tan lejos de los noetianos: "Los sabelianos", dice, "dogmatizan similarmente a Noeto, excepto en que dicen que el Padre no sufrió" (Epifanio, en Anacephalaeosi). ¿Cómo se puede entender sobre los sabelianos, cuando se ha sabido que dicen que el Padre sufrió, de modo que se les llama más frecuentemente patripasianos que sabelianos? O si tal vez en lo que dijo, "excepto en que dicen que el Padre no sufrió", quiso que se entendiera que los noetianos dicen esto, ¿quién los distingue en esta ambigüedad? ¿O cómo se puede entender que cualquiera de ellos no diga que el Padre sufrió, cuando dicen que es el mismo Padre, Hijo y Espíritu Santo? Sin embargo, Filastro, obispo de Brescia, en el larguísimo libro que escribió sobre las herejías, y que consideró que debían contarse ciento veintiocho herejías, colocando a los sabelianos inmediatamente después de los noetianos: "Sabellio", dice, "su discípulo, quien siguió de manera similar a su maestro, de donde después fueron llamados sabelianos, que también son patripasianos, y praxeanos por Praxeas, y hermogenianos por Hermógenes, quienes estuvieron en África, y que, sintiendo así, fueron rechazados por la Iglesia católica". Ciertamente, este dijo que después fueron llamados sabelianos, quienes sentían lo mismo que Noeto; y mencionó otros nombres de la misma secta: y sin embargo, puso a los noetianos y sabelianos bajo dos números como dos herejías; la razón, que él la vea.

XLII. Los ORIGENIANOS son llamados así por un tal Orígenes; no aquel que es conocido por casi todos, sino por otro no sé quién, de quien Epifanio hablando de sus seguidores: "Origenianos", dice, "de un tal Orígenes; pero son de operación vergonzosa, estos son los que hacen cosas abominables, entregando sus cuerpos a la corrupción". Sin embargo, añadiendo inmediatamente otros origenianos:

XLIII. "Origenianos", dice, "otros, que también son seguidores de Adamantio, quienes rechazan la resurrección de los muertos; introduciendo a Cristo como criatura y al Espíritu Santo: alegorizando el paraíso, los cielos y todas las demás cosas". Esto es lo que dice Epifanio sobre Orígenes: pero quienes lo defienden, dicen que enseñó que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son de una misma sustancia; ni rechazó la resurrección de los muertos: aunque quienes han leído más de él intentan convencerlo de esto. Pero hay otros dogmas de este Orígenes que la Iglesia católica no acepta en absoluto, en los cuales ni lo acusa falsamente, ni puede ser engañada por sus defensores: especialmente sobre la purificación y liberación, y nuevamente después de mucho tiempo la revolución a los mismos males de toda la criatura racional. ¿Qué cristiano católico, ya sea docto o indocto, no se horroriza vehementemente ante esa purificación de los malos que él dice, es decir, incluso aquellos que terminaron esta vida en delitos, crímenes, sacrilegios e impiedades de cualquier magnitud, incluso finalmente el diablo y sus ángeles, aunque después de larguísimos tiempos, purificados y liberados, sean restituidos al reino de Dios y la luz, y nuevamente después de larguísimos tiempos todos los que fueron liberados recaigan y regresen a estos males; y estas alternancias de bienaventuranzas y miserias de la criatura racional siempre hayan sido, siempre serán? Sobre esta vanísima impiedad contra los filósofos, de quienes Orígenes aprendió esto, he discutido diligentemente en los libros de la Ciudad de Dios (En el libro 21).

XLIV. Los PAULIANOS, de Pablo de Samosata, dicen que Cristo no siempre existió; sino que su inicio fue desde que nació de María, y no lo consideran más que un hombre. Esta herejía fue alguna vez de un tal Artemón: pero cuando decayó, fue restaurada por Pablo, y después fue tan confirmada por Fotino, que se les llama más frecuentemente fotinianos que paulianos. Ciertamente, el concilio de Nicea estableció que estos paulianos debían ser bautizados en la Iglesia católica. Por lo tanto, se debe creer que no mantienen la regla del

Bautismo, que muchos herejes se llevaron consigo cuando se separaron de la Iglesia Católica, y la guardan.

XLV. Fotino no es colocado inmediatamente después de Pablo o junto con Pablo por Epifanio, sino que se interponen otros. No se oculta que creyó cosas similares: sin embargo, se dice que se opuso a él en algo; pero no se dice en absoluto qué es ese algo. Sin embargo, Filastro los coloca consecutivamente a ambos bajo números singulares y propios, como si fueran dos herejías, aunque dice que Fotino siguió en toda la doctrina de Pablo.

XLVI. Los MANIQUEOS surgieron de un persa llamado Manes: aunque sus discípulos, al comenzar a predicar su insana doctrina en Grecia, prefirieron llamarlo Maniqueo, evitando así el nombre de locura. Algunos de ellos, pretendiendo ser más doctos y por ello más mentirosos, lo llaman Manniqueo, con una N duplicada, como si derramara maná. Este formuló dos principios diferentes y opuestos entre sí, y ambos eternos y coeternos, es decir, que siempre han existido: dos naturalezas y sustancias, una de bien y otra de mal, siguiendo a otros antiguos herejes. De la lucha y mezcla entre ellas, y de la purificación del bien del mal, y de lo que del bien no puede ser purificado, condenándolo con el mal a la eternidad, según sus dogmas, cuentan muchas fábulas, que sería demasiado largo incluir en esta obra. Sin embargo, de estas fábulas vanas e impías se ven obligados a decir que las almas buenas, que consideran deben ser liberadas de la mezcla con las almas malas, pertenecen a la naturaleza de aquel cuyo Dios es. Por lo tanto, confiesan que el mundo fue hecho por la naturaleza del bien, es decir, por la naturaleza de Dios, pero de la mezcla del bien y el mal, que ocurrió cuando ambas naturalezas lucharon entre sí. Dicen que la purificación y liberación del bien del mal no solo la realizan las virtudes de Dios en todo el mundo y en todos sus elementos, sino también sus Elegidos a través de los alimentos que consumen. Y en esos alimentos, al igual que en todo el mundo, afirman que está mezclada la sustancia de Dios, que creen que se purifica en sus Elegidos mediante el tipo de vida que llevan los Elegidos de los Maniqueos, como más santo y excelente que el de sus Oyentes. Pues quisieron que su Iglesia consistiera en estas dos profesiones, la de los Elegidos y la de los Oyentes. En los demás hombres, incluso en sus propios Oyentes, creen que esta parte de la buena y divina sustancia, que está mezclada y ligada en los alimentos y bebidas, y especialmente en aquellos que engendran hijos, está más estrechamente y de manera más impura ligada. Todo lo que se purifica de la luz por todas partes, dicen que se devuelve al reino de Dios, como a sus propias sedes, a través de ciertas naves que consideran ser la luna y el sol. Estas naves también las describen como fabricadas de la pura sustancia de Dios. Y esta luz corporal, que está cerca de los ojos de los mortales, no solo en estas naves, donde la creen purísima, sino también en otras cosas luminosas donde, según ellos, está mezclada y se cree que debe ser purificada, dicen que es la naturaleza de Dios. Atribuyen cinco elementos, que generaron sus propios príncipes, a la raza de las tinieblas: y llaman a estos elementos con los nombres de humo, tinieblas, fuego, agua y viento. En el humo nacieron animales bípedos, de donde creen que los hombres tienen su origen; en las tinieblas, los reptiles; en el fuego, los cuadrúpedos; en las aguas, los nadadores; en el viento, las aves. Para combatir estos cinco elementos malos, dicen que se enviaron otros cinco elementos del reino y sustancia de Dios, y que se mezclaron en esa lucha: al humo, el aire; a las tinieblas, la luz; al fuego malo, el fuego bueno; al agua mala, el agua buena; al viento malo, el viento bueno. Distinguen esas naves, es decir, los dos luminarios del cielo, diciendo que la luna está hecha de agua buena, y el sol de fuego bueno. Dicen que en esas naves hay virtudes santas, que se transforman en varones para atraer a las mujeres de la raza adversaria, y nuevamente en mujeres para atraer a los varones de la misma raza adversaria; y por esta atracción, la concupiscencia de ellos se agita y la luz que tenían mezclada en sus miembros huye de ellos, y es recibida para ser purificada por los ángeles de la luz, y una vez

purificada, se coloca en esas naves para ser llevada de regreso a sus propios reinos. Por esta ocasión, o más bien por una cierta necesidad de superstición execrable, sus Elegidos se ven obligados a tomar como si fuera una eucaristía mezclada con semilla humana, para que también de allí, como de otros alimentos que toman, se purifique esa sustancia divina. Pero niegan hacer esto, y afirman que otros, bajo el nombre de Maniqueos, lo hacen. Sin embargo, fueron descubiertos en la iglesia, como sabes, en Cartago, cuando ya estabas allí constituido como diácono, cuando, a instancias del tribuno Urso, que entonces estaba a cargo de la casa real, algunos fueron llevados; donde una niña llamada Margarita reveló esta nefanda torpeza, diciendo que había sido violada por este abominable misterio, aunque aún no tenía doce años. Entonces, una cierta maniquea llamada Eusebia, como si fuera una monja, fue obligada a confesar lo mismo, aunque al principio había afirmado ser íntegra y había pedido ser examinada por una comadrona: quien, al examinarla y encontrar lo que era, reveló todo ese crimen tan vil, donde se extiende harina para recibir y mezclar la semilla de los que se acuestan juntos (lo cual Margarita, al señalarlo, no había oído en ausencia), de manera similar lo indicó. Y en tiempos recientes, algunos de ellos fueron encontrados y llevados a la iglesia, como muestran los Actos episcopales que nos enviaste, confesando bajo cuidadosa interrogación que esto no es un sacramento, sino un execramento: uno de ellos, llamado Viator, diciendo que aquellos que hacen estas cosas se llaman propiamente Catharistas, mientras que otras partes de la misma secta maniquea se distribuyen en Mattarios y especialmente en Maniqueos, pero no pudo negar que todas estas tres formas se propagaron de un solo autor, y que todos son generalmente maniqueos. Y ciertamente esos libros maniqueos son sin duda comunes a todos, en los cuales están escritas esas monstruosidades para atraer y disolver por concupiscencia a los príncipes de las tinieblas de ambos sexos, para que se libere de ellos lo que estaba cautivo en ellos, la sustancia divina, mediante la transfiguración de varones en mujeres y de mujeres en varones, de donde fluyó esta torpeza que cualquiera de ellos niega pertenecerle. Pues creen que imitan, en la medida de lo posible, las virtudes divinas, para purgar la parte de su Dios: que ciertamente, como en todos los cuerpos celestiales y terrestres, y en las semillas de todas las cosas, así también en la semilla del hombre, creen que está contaminada. Y por lo tanto, les sigue que deben purgarla comiendo, también de la semilla humana, como de otras semillas que toman en los alimentos. Por lo cual también se les llama Catharistas, como purificadores, purgándola con tanta diligencia que no se abstienen de esta tan horrenda torpeza alimentaria. Sin embargo, no comen carne, como si de los muertos o sacrificados hubiera huido la sustancia divina, y solo quedara de ella algo tan indigno que ya no es digno de ser purgado en el vientre de los Elegidos. Ni siquiera toman huevos, como si al romperse expiraran, y no debiera comerse ningún cuerpo muerto, y solo vive de la carne lo que se recoge con harina para que no muera. Pero tampoco usan la alimentación de la leche, aunque se ordeñe o succione del cuerpo de un animal vivo: no porque crean que no hay nada de la sustancia divina mezclada allí, sino porque su error no es consistente. Pues tampoco beben vino, diciendo que es la hiel de los príncipes de las tinieblas; aunque comen uvas: ni sorben nada de mosto, ni siquiera el más reciente. Creen que las almas de sus Oyentes se revuelven en los Elegidos, o en un camino más feliz en los alimentos de sus Elegidos, para que, una vez purificadas, no regresen a ningún cuerpo. Pero creen que las demás almas regresan a los animales, y a todo lo que está fijado y alimentado en la tierra por raíces. Pues creen que las hierbas y los árboles viven de tal manera que la vida que hay en ellos siente y sufre cuando son dañados: y que nadie puede arrancar o recoger nada de ellos sin su sufrimiento. Por lo cual, consideran un pecado incluso limpiar un campo de espinas. Por lo tanto, acusan locamente a la agricultura, que es el arte más inocente de todos, como culpable de múltiples homicidios: y creen que esto se perdona a sus Oyentes porque proporcionan alimentos a sus Elegidos; para que esa sustancia divina, purificada en el vientre de ellos, obtenga el perdón para aquellos cuya ofrenda se entrega para

ser purificada. Así, los mismos Elegidos, sin trabajar en los campos, ni recoger frutas, ni siquiera arrancar hojas, esperan que sus Oyentes les traigan estas cosas para su uso, viviendo de tantos y tan grandes homicidios ajenos según su vanidad. También advierten a sus mismos Oyentes que, si comen carne, no maten animales, para no ofender a los príncipes de las tinieblas que están atados en los cielos, de quienes dicen que toda carne tiene su origen: y si usan esposas, eviten la concepción y la generación, para que la sustancia divina que entra en ellos a través de los alimentos no quede ligada en la prole con vínculos carnales. Pues creen que las almas vienen a toda carne, es decir, a través de los alimentos y bebidas. Por lo cual, sin duda condenan el matrimonio, y en la medida de lo posible, lo prohíben; ya que prohíben engendrar, por lo cual se deben unir los matrimonios, afirman que Adán y Eva nacieron de los príncipes del humo: cuando su padre, llamado Saclas, devoró a todos los fetos de sus compañeros, y lo que de la sustancia divina había capturado mezclado, al unirse con su esposa, lo había ligado en la carne de la prole como en un vínculo muy tenaz. Afirman que Cristo fue aquel que nuestra Escritura llama serpiente, por quien dicen que fueron iluminados, para que abrieran los ojos del conocimiento y distinguieran el bien del mal: y que ese Cristo vino en los últimos tiempos para liberar las almas, no los cuerpos. Y que no estuvo en carne verdadera, sino que presentó una apariencia simulada de carne para engañar los sentidos humanos, donde no solo mintió sobre la muerte, sino también sobre la resurrección. Que el Dios que dio la Ley a través de Moisés, y habló en los Profetas hebreos, no es el verdadero Dios, sino uno de los príncipes de las tinieblas. Y leen las Escrituras del Nuevo Testamento como si estuvieran falsificadas, tomando de ellas lo que quieren y rechazando lo que no quieren, y prefiriendo algunas apócrifas como si fueran totalmente verdaderas. Dicen que la promesa del Señor Jesucristo sobre el Espíritu Santo paraclito (Juan XVI, 7) se cumplió en su hereje Maniqueo. Por lo cual, en sus escritos, se llama a sí mismo apóstol de Jesucristo, porque Jesucristo prometió enviar y envió en él al Espíritu Santo. Por lo cual, también el mismo Maniqueo tuvo doce discípulos, a semejanza del número apostólico, número que los Maniqueos aún hoy mantienen. Pues de sus Elegidos tienen doce, a quienes llaman maestros, y un decimotercero, su príncipe: setenta y dos obispos, que son ordenados por los maestros; y presbíteros, que son ordenados por los obispos. También tienen diáconos los obispos. Los demás son llamados simplemente Elegidos: pero también son enviados aquellos que parecen idóneos, para sostener y aumentar este error donde ya está, o para sembrarlo donde no está. No creen que el bautismo en agua traiga salvación a nadie: ni creen que deba bautizarse a ninguno de los que engañan. Hacen oraciones al sol durante el día, en cualquier dirección que circule: a la luna durante la noche, si aparece; si no aparece, hacia el norte, donde el sol, al ponerse, regresa al este, permanecen orando. No atribuyen el origen de los pecados al libre albedrío de la voluntad, sino a la sustancia de la raza adversaria: que, dogmatizando que está mezclada con los hombres, afirman que toda carne no es obra de Dios, sino de una mente mala, que es coeterna con el principio contrario a Dios. La concupiscencia carnal, por la cual la carne concupisce contra el espíritu, no la consideran una debilidad que nos viene de la naturaleza viciada en el primer hombre; sino que la consideran una sustancia contraria, adherida a nosotros de tal manera que, cuando somos liberados y purificados, se separa de nosotros, y en su naturaleza también vive inmortalmente: y que esas dos almas, o dos mentes, una buena y otra mala, tienen un conflicto entre sí en un hombre, cuando la carne concupisce contra el espíritu, y el espíritu contra la carne (Gálatas V, 17). No creen que este vicio se sane en nosotros, como decimos, nunca: sino que esta sustancia del mal, separada y apartada de nosotros, vivirá en un globo, como en una prisión eterna, al final de este siglo después de la conflagración del mundo. A este globo afirman que se le añadirá y adherirá siempre como una cubierta y revestimiento de almas, naturalmente buenas, pero que no pudieron ser purificadas del contagio de la naturaleza mala.

XLVII. Los HIERACITAS, cuyo autor se llama Hieraca, niegan la resurrección de la carne. Solo reciben en comunión a monjes y monjas que no tienen matrimonios. Dicen que los niños no pertenecen al reino de los cielos, porque no tienen méritos de lucha, por los cuales se superan los vicios.

XLVIII. Los MELETIANOS, llamados así por Meletio, hicieron un cisma al no querer orar con los conversos, es decir, con aquellos que cayeron en la persecución. Ahora se dice que están unidos a los arrianos.

XLIX. Los ARRIANOS, llamados así por Arrio, son muy conocidos por su error de no querer que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo sean de una misma naturaleza y sustancia, o, para decirlo más expresamente, esencia, que en griego se llama οὐσία: sino que consideran al Hijo una criatura; y al Espíritu Santo, una criatura de la criatura, es decir, creado por el mismo Hijo. En cuanto a que creen que Cristo asumió solo carne sin alma, son menos conocidos: ni he encontrado que alguien haya disputado alguna vez con ellos sobre este asunto. Pero Epifanio no lo ha callado, y yo lo he comprobado con certeza a partir de algunos de sus escritos y conversaciones. También sabemos que rebautizan a los católicos; si también a los no católicos, no lo sé.

L. Los VADIANOS, que Epifanio llama, y quiere que se vean como cismáticos, no como herejes; otros los llaman Antropomorfitas, porque se imaginan a Dios con una mente carnal en la semejanza de un hombre corruptible: lo cual Epifanio atribuye a su rusticidad, perdonándoles para que no se les llame herejes. Pero dice que se separaron de nuestra comunión, culpando a los obispos ricos, y celebrando la Pascua con los judíos. Aunque hay quienes afirman que en Egipto comunican con la Iglesia católica. Sobre los Fotinianos, que Epifanio menciona en este lugar, ya he hablado suficientemente antes.

LI. Epifanio dice que los SEMIARRIANOS son aquellos que dicen que el Hijo es de esencia similar (ὁμοιούσιον), como si no fueran arrianos completos: como si los arrianos no quisieran ni siquiera que fuera similar; aunque se dice que los Eunomianos sostienen esto.

LII. Los MACEDONIANOS son llamados así por Macedonio, y los griegos los llaman Πνευματομάχος, porque disputan sobre el Espíritu Santo. Pues sobre el Padre y el Hijo tienen la creencia correcta, que son de una misma sustancia o esencia: pero no quieren creer esto sobre el Espíritu Santo, diciendo que es una criatura. Algunos los llaman Semiarianos, porque en esta cuestión están en parte con ellos, en parte con nosotros. Aunque algunos afirman que no dicen que el Espíritu Santo es Dios, sino la deidad del Padre y del Hijo, y que no tiene una sustancia propia.

LIII. Los AERIANOS son llamados así por un tal Aerio, quien, siendo presbítero, se dice que se dolió porque no pudo ser ordenado obispo; y habiendo caído en la herejía de los arrianos, añadió también algunos dogmas propios, diciendo que no se debe ofrecer por los difuntos; ni deben celebrarse solemnemente los ayunos establecidos, sino que cada uno debe ayunar cuando quiera, para no parecer estar bajo la ley. También decía que no debe haber diferencia entre un presbítero y un obispo. Algunos afirman que estos, como los Encratitas o Apotactitas, no admiten en su comunión sino a los continentes, y a aquellos que han renunciado al mundo de tal manera que no poseen nada propio. Sin embargo, Epifanio dice que no se abstienen de comer carne: pero Filastro les atribuye también esta abstinencia.

LIV. Los AETIANOS son llamados así por Aetio, y también Eunomianos por Eunomio, discípulo de Aetio, nombre por el cual son más conocidos. Pues Eunomio, prevaleciendo en

la dialéctica, defendió esta herejía más agudamente y con más renombre, afirmando que el Hijo es completamente diferente al Padre, y el Espíritu Santo al Hijo. Se dice que fue tan enemigo de las buenas costumbres, que afirmaba que nada perjudicaba a nadie la perpetración y perseverancia en cualquier pecado, si participaba de esta fe que él enseñaba.

LV. Los APOLINARISTAS fueron instituidos por Apolinar, quien disintió de la Iglesia Católica sobre el alma de Cristo, diciendo, como los arrianos, que Dios Cristo asumió carne sin alma. En esta cuestión, vencidos por los testimonios evangélicos, dijeron que la mente, por la cual el alma humana es racional, faltaba en el alma de Cristo, pero que en su lugar estaba el mismo Verbo en él. Sobre su carne, se dice que disintieron de la fe correcta, afirmando que esa carne y el Verbo eran de una misma sustancia, aseverando con gran contención que el Verbo se hizo carne, es decir, que algo del Verbo se convirtió y transformó en carne, y no que la carne fue asumida de la carne de María.

LVI. Los ANTIDICOMARITAS son llamados herejes que contradicen tanto la virginidad de María, que afirman que después de dar a luz a Cristo, se unió a su esposo.

LVII. Epifanio coloca al final la herejía de los MASSALIANOS: este nombre es de la lengua siria. En griego se llaman Εὐχίται, llamados así por orar. Pues oran tanto que a quienes oyen esto de ellos les parece increíble. Pues cuando el Señor dijo, "Es necesario orar siempre, y no desmayar" (Lucas XVIII, 1); y el Apóstol, "Orad sin cesar" (1 Tesalonicenses V, 17): lo cual se entiende muy sanamente como que no se deben interrumpir los tiempos fijos de oración en ningún día: ellos lo hacen tanto que por esto se juzgaría que deben ser nombrados entre los herejes. Aunque algunos dicen que cuentan una fábula fantástica y ridícula sobre la purificación de las almas, que se ve salir de la boca de un hombre cuando se purifica una cerda con lechones, y que entra en él de manera visible un fuego que no quema. Epifanio añade a estos los Eufemitas, Martirianos y Satanianos, y los coloca a todos juntos como una sola herejía. Se dice que los Euchitas opinan que a los monjes no les está permitido trabajar para sustentar su vida, y que se profesan monjes de tal manera que se abstienen completamente de las obras.

Hasta estos puntos, el mencionado obispo de Chipre, considerado entre los grandes por los griegos y alabado por muchos por su salud en la fe católica, llevó su obra sobre las herejías. En la enumeración de los herejes, he seguido su orden, no su método. Pues he incluido algunas cosas de otras fuentes que él no mencionó, y he omitido algunas que él incluyó: así, he explicado algunas cosas más extensamente que él, y otras más brevemente, mostrando en algunos casos la misma brevedad, moderando todo según lo requería la razón de mi intención. Por lo tanto, él, separando veinte herejías que, según le pareció, existieron antes de la venida del Señor, abarcó las sesenta restantes, nacidas después de la ascensión del Señor, en cinco libros muy breves, y completó toda su obra en seis libros. Pero yo, porque según tu petición decidí recordar aquellas herejías que, después de la glorificación de Cristo, se levantaron contra la doctrina de Cristo, incluso bajo el velo del nombre cristiano, trasladé cincuenta y siete de la obra de Epifanio a la mía, combinando dos en una cuando no pude encontrar ninguna diferencia: y nuevamente, donde él quiso hacer una de dos, las puse individualmente bajo sus propios números. Pero aún debo mencionar, ya sea las que encontré en otros, o las que recuerdo por mí mismo. Ahora, por lo tanto, añado las que Filastro mencionó y Epifanio no.

LVIII. METANGISMONITAS pueden ser llamados aquellos que afirman el Metangismon, diciendo que el Hijo está en el Padre como un vaso en otro vaso, pensando carnalmente como

si fueran dos cuerpos; de modo que el Hijo entra en el Padre, como un vaso menor en uno mayor. De ahí que este error recibió tal nombre, que en griego se dice μεταγγισμός: pues en esa lengua, ἀγγεῖον significa vaso: pero la entrada de un vaso en otro no puede ser expresada en latín con una sola palabra, como pudo ser en griego μεταγγισμός.

LIX. SELEUCIANOS o Hermianos, por sus autores Seleuco o Hermia, dicen que la materia de los elementos de la que fue hecho el mundo no fue creada por Dios, sino que es coeterna con Dios. Tampoco atribuyen el alma a Dios como creador, sino que quieren que los ángeles sean los creadores de las almas a partir del fuego y el espíritu. Afirman que el mal a veces proviene de Dios, a veces de la materia. Niegan que el Salvador esté sentado en la carne a la derecha del Padre, sino que dicen que se despojó de ella y la colocó en el sol, tomando ocasión del Salmo donde se lee, "En el sol puso su tabernáculo" (Sal. XVIII, 6). También niegan el paraíso visible. No aceptan el bautismo en agua. No creen que la resurrección vaya a ocurrir, sino que ocurre diariamente en la generación de los hijos.

LX. PROCLIANITAS siguieron a estos, y añadieron que Cristo no vino en la carne.

LXI. PATRICIANOS, llamados así por Patricio, dicen que la sustancia de la carne humana no fue creada por Dios, sino por el diablo: y creen que debe ser evitada y detestada de tal manera que se dice que algunos de ellos incluso se privaron de la carne infligiéndose la muerte.

LXII. ASCITAS fueron llamados así por el odre: ἄσκός en griego, en latín significa odre: se dice que lo inflan y lo cubren mientras deambulan como bacantes, como si ellos mismos fueran los nuevos odres evangélicos llenos de vino nuevo.

LXIII. PASSALORYNCHITAS se dedican tanto al silencio que colocan un dedo sobre sus narices y labios, para no romper el silencio con la voz, cuando consideran que deben guardar silencio; de ahí también su nombre: πάσσαλος en griego significa estaca; y ῥύγχος, nariz. Por qué prefirieron significar un dedo con una estaca, quienes compusieron este nombre, no lo sé: ya que en griego se dice dedo δάκτυλος, y podrían ciertamente llamarse Dactylorynchitas de manera mucho más evidente.

LXIV. ACUARIOS son llamados así porque ofrecen agua en el cáliz del Sacramento, no lo que toda la Iglesia.

LXV. COLUTIANOS, por un tal Coluto, quien decía que Dios no hace el mal; en contra de lo que está escrito, "Yo soy Dios creando el mal" (Is. XLV, 7).

LXVI. FLORINIANOS, por Florino, quien por el contrario decía que Dios creó el mal: en contra de lo que está escrito, "Dios hizo todo, y he aquí que era muy bueno" (Gen. I, 31). Por lo tanto, aunque dicen cosas contrarias entre sí, ambos resistían a las palabras divinas. Pues Dios crea el mal, infligiendo castigos justísimos; lo que Coluto no veía: pero no creando naturalezas y sustancias malas, en cuanto son naturalezas y sustancias; donde Florino erraba.

LXVII. Filastro menciona una cierta herejía sin autor y sin nombre, que dice que este mundo, incluso después de la resurrección de los muertos, permanecerá en el mismo estado en que está ahora, y no será cambiado de tal manera que haya un nuevo cielo y una nueva tierra, como promete la Sagrada Escritura (Is. LXV, 17; II Pedro III, 13, y Apoc. XXI, 1).

LXVIII. Hay otra herejía de aquellos que siempre caminan descalzos, porque el Señor dijo a Moisés, o a Josué, "Quítate el calzado de tus pies" (Éxodo III, 5; y Josué V, 16): y porque el

profeta Isaías fue mandado a caminar descalzo (Is. XX, 2). Por lo tanto, es una herejía, porque no caminan así por la aflicción del cuerpo, sino porque entienden los testimonios divinos de esa manera.

LXIX. DONATIANOS o Donatistas son aquellos que primero hicieron un cisma por la ordenación de Ceciliano como obispo de la Iglesia de Cartago en contra de su voluntad: acusándolo de crímenes no probados, y principalmente de haber sido ordenado por traidores de las Escrituras divinas. Pero después de que el caso fue discutido y resuelto con él, siendo descubiertos culpables de falsedad, con una disensión pertinaz establecida, convirtieron el cisma en herejía: como si la Iglesia de Cristo hubiera perecido en todo el mundo debido a los crímenes de Ceciliano, ya sean verdaderos, o lo que más apareció a los jueces, falsos, y hubiera permanecido en la parte africana de Donato, como si en otras partes del mundo hubiera sido extinguida por la contaminación de la comunión. También se atreven a rebautizar a los católicos: donde se afirman más como herejes, ya que a la Iglesia católica universal le ha parecido bien no anular el Bautismo común ni siquiera en los mismos herejes. Se considera que el líder de esta herejía fue Donato, quien viniendo de Numidia, y dividiendo al pueblo cristiano contra Ceciliano, con obispos de la misma facción, ordenó a Mayorino como obispo en Cartago. A este Mayorino le sucedió otro Donato en la misma división, quien con su elocuencia confirmó tanto esta herejía, que muchos piensan que por él más bien se les llama Donatistas. Existen sus escritos, donde aparece que tampoco tenía una opinión católica sobre la Trinidad, sino que aunque de la misma sustancia, consideraba al Hijo menor que el Padre, y al Espíritu Santo menor que el Hijo. Sin embargo, la multitud de Donatistas no estaba atenta a este error que tenía sobre la Trinidad; ni fácilmente se encuentra entre ellos alguien que sepa que él pensaba así. Estos herejes en la ciudad de Roma son llamados Montenses, a quienes desde África suelen enviar un obispo: o desde aquí los obispos africanos de ellos van allí, si acaso les ha parecido bien ordenarlo allí. A esta herejía en África también pertenecen aquellos que se llaman Circunceliones, un tipo de personas rústicas y de audacia muy famosa, no solo perpetrando crímenes atroces en otros, sino tampoco perdonándose a sí mismos con la misma insana ferocidad. Pues acostumbran a matarse a sí mismos de diversas maneras, especialmente por precipicios, aguas y fuegos; y seducen a otros de ambos sexos a este furor, a veces amenazando con la muerte si no lo hacen. Sin embargo, a muchos Donatistas les desagradan tales personas, y no creen que su comunión se contamine con ellos, quienes insensatamente imputan al mundo cristiano el crimen de africanos desconocidos. También se han hecho muchos cismas entre ellos, y de ellos se han separado en diversos grupos unos y otros; cuya separación la gran multitud restante no ha sentido. Pero en Cartago, Maximiano fue ordenado contra Primiano por casi cien obispos del mismo error, y condenado por los restantes trescientos diez, junto con los doce que también asistieron corporalmente a su ordenación, con una acusación muy severa, los obligó a reconocer que incluso fuera de la Iglesia se puede dar el Bautismo de Cristo. Pues recibieron a algunos de ellos con aquellos que habían bautizado fuera de su Iglesia, en sus honores sin ninguna repetición del Bautismo en ninguno, ni dejaron de actuar para corregirlos a través de las potestades públicas, ni temieron contaminar su comunión con sus crímenes, exagerados vehementemente por la sentencia de su Concilio.

LXX. PRISCILIANISTAS, que en España Prisciliano instituyó, siguen principalmente los dogmas mezclados de los Gnósticos y Maniqueos. Aunque también de otras herejías han confluído en ellos inmundicias, como en una especie de sentina con horrible confusión. Para ocultar sus contaminaciones y torpezas, tienen en sus dogmas también estas palabras: Jura, perjura, secretum prodere noli. Dicen que las almas son de la misma naturaleza y sustancia que Dios, para ejercitar una especie de agonía espontánea en la tierra, descendiendo

gradualmente a través de siete cielos y ciertos principados, y encontrándose con un príncipe maligno, de quien quieren que este mundo haya sido hecho, y por este príncipe ser sembradas a través de diversos cuerpos de carne. También afirman que los hombres están ligados a las estrellas fatales, y que nuestro cuerpo está compuesto según los doce signos del cielo, como aquellos que comúnmente se llaman matemáticos; estableciendo en la cabeza a Aries, a Tauro en el cuello, a Géminis en los hombros, a Cáncer en el pecho, y recorriendo los demás signos por nombre, llegan hasta las plantas, que atribuyen a Piscis, que es el último signo llamado por los astrólogos. Esta herejía teje estas y otras cosas fabulosas, vanas, sacrílegas, que sería largo de perseguir. Evita las carnes como alimentos impuros: separando a los cónyuges a quienes pudo persuadir de este mal, y separando a los hombres de las mujeres que no quieren, y a las mujeres de los hombres que no quieren. Pues atribuyen la obra de toda carne no al Dios bueno y verdadero, sino a ángeles malignos: más astutos incluso que los Maniqueos, en que no rechazan ninguna de las Escrituras canónicas, leyendo todo junto con los apócrifos y tomándolos en autoridad, pero interpretando alegóricamente en sus propios sentidos todo lo que en los Libros sagrados está que derriba su error. Sobre Cristo sostienen la secta de Sabelio, diciendo que él mismo es no solo el Hijo, sino también el Padre, y el Espíritu Santo.

LXXI. Filastro dice que hay otros herejes que no toman alimentos con los hombres: pero no expresa si lo hacen con otros que no son de la misma secta, o incluso entre ellos mismos. También dice que sobre el Padre y el Hijo piensan correctamente, pero no sobre el Espíritu Santo, ya que opinan que es una criatura.

LXXII. Una herejía surgida de un tal Rhetorio, dice Filastro, de una vanidad extremadamente admirable, que afirma que todos los herejes caminan correctamente y dicen la verdad: lo cual es tan absurdo que me parece increíble.

LXXIII. Otra herejía dice que la divinidad en Cristo sufrió cuando su carne fue clavada en la cruz.

LXXIV. Hay otra que afirma que Dios es triforme, de tal manera que una parte de él es el Padre, otra el Hijo, otra el Espíritu Santo; es decir, que las partes de un solo Dios son las que forman esta Trinidad: como si Dios se completara a partir de estas tres partes, y no fuera perfecto en sí mismo, ni el Padre, ni el Hijo, ni el Espíritu Santo.

LXXV. Otra dice que el agua no fue creada por Dios, sino que siempre fue coeterna con él.

LXXVI. Otra dice que el cuerpo del hombre, no el alma, es la imagen de Dios.

LXXVII. Otra dice que hay innumerables mundos, como algunos filósofos de los gentiles han opinado.

LXXVIII. Otra dice que las almas de los malvados se convierten en demonios y en cualquier animal que corresponda a sus méritos.

LXXIX. Otra dice que cuando Cristo descendió a los infiernos, los incrédulos creyeron, y considera que todos fueron liberados de allí.

LXXX. Otra, no entendiendo que el Hijo es eternamente nacido, piensa que esa natividad tuvo su inicio en el tiempo: y sin embargo, queriendo confesar al Hijo coeterno con el Padre, considera que estaba con él antes de nacer de él; es decir, que siempre existió, pero que no siempre fue Hijo, sino que comenzó a ser Hijo desde que nació de él. Estas herejías pensé en trasladarlas a mi obra desde la obra de Filastro. Y aunque él menciona otras, no me parecen

dignas de ser llamadas herejías. Cualesquiera que haya mencionado sin nombres, tampoco él mencionó sus nombres.

LXXXI. LUCIFERIANOS, surgidos de Lucifer, obispo de Cagliari, y nombrados célebremente, ni Epifanio ni Filastro los incluyeron entre los herejes: creo que solo los consideraron un cisma, no una herejía, creyendo. Sin embargo, en un cierto autor, cuyo nombre no encontré en la misma obra, leí que los Luciferianos fueron puestos entre los herejes con estas palabras: "Los Luciferianos", dice, "aunque sostienen en todo la verdad católica, caen en este error muy tonto, que dicen que el alma se genera por transfusión; y dicen lo mismo del cuerpo y que es de la sustancia de la carne". Por lo tanto, si este autor creyó que por esto, porque piensan así sobre el alma (si es que realmente piensan así), deben ser puestos entre los herejes, y si creyó correctamente; o si incluso si no piensan así, o no piensan así, sin embargo, son herejes porque establecieron su disensión con pertinaz animosidad, es otra cuestión, y no me parece que deba ser tratada en este lugar.

LXXXII. También encontré a los JOVINIANISTAS en este autor, a quienes ya conocía. Esta herejía surgió de un tal Joviniano, un monje, en nuestra época, cuando aún éramos jóvenes. Este decía que todos los pecados, como los filósofos estoicos, son iguales, y que el hombre no puede pecar después de recibir el baño de la regeneración, ni que los ayunos o la abstinencia de ciertos alimentos sirven de nada. Destruía la virginidad de María, diciendo que fue corrompida al dar a luz. También igualaba la virginidad de las monjas y la continencia del sexo masculino en los santos que eligen la vida célibe, con los méritos de los matrimonios castos y fieles: de tal manera que se dice que algunas vírgenes sagradas de avanzada edad en la ciudad de Roma, donde enseñaba estas cosas, se casaron al oírlo. Sin embargo, él mismo no tenía ni quería tener esposa: lo cual no porque fuera a ser de mayor mérito ante Dios en el reino de la vida eterna, sino porque servía para la necesidad presente, es decir, para no sufrir las molestias conyugales, argumentaba. Sin embargo, esta herejía fue rápidamente oprimida y extinguida, y no pudo llegar a la decepción de algunos sacerdotes.

LXXXIII. Al examinar la historia de Eusebio, a la que Rufino añadió dos libros de los tiempos posteriores en su traducción al latín, no encontré ninguna herejía que no hubiera leído en estos, excepto la que Eusebio menciona en el sexto libro, narrando que existió en Arabia. Por lo tanto, podemos llamar a estos herejes Árabes, ya que no menciona a ningún autor de ellos: quienes dijeron que las almas mueren y se disuelven con los cuerpos, y que al final del mundo ambos resucitarán. Pero dice que fueron corregidos muy rápidamente por la disputa de Orígenes, quien estaba presente y los habló. Ahora deben ser mencionadas aquellas herejías que no encontramos en estos, sino que de alguna manera vinieron a nuestra memoria.

LXXXIV. HELVIDIANOS, surgidos de Helvidio, contradicen la virginidad de María, afirmando que después de Cristo tuvo otros hijos de su esposo José. Pero me sorprende si estos, omitiendo el nombre de Helvidio, Epifanio los llamó Antidicomaritas.

LXXXV. PATERNIANOS opinan que las partes inferiores del cuerpo humano no fueron hechas por Dios, sino por el diablo, y otorgando licencia para todos los crímenes de esas partes, viven de manera impura. Algunos también los llaman Venustianos.

LXXXVI. TERTULIANISTAS, de Tertuliano, cuyas muchas obras se leen elocuentemente escritas, hasta nuestro tiempo han ido disminuyendo gradualmente, y en sus últimas reliquias pudieron durar en la ciudad de Cartago: pero estando yo allí hace algunos años, lo que también creo que recuerdas, fueron completamente consumidos. Pues los pocos que

quedaban se unieron a la Iglesia Católica, y entregaron su basílica, que ahora también es muy conocida, a la Iglesia Católica. Tertuliano, como indican sus escritos, dice que el alma es inmortal, pero sostiene que es un cuerpo: y no solo esto, sino que también afirma que Dios mismo es un cuerpo. Sin embargo, no se le llama hereje por esto. Pues podría de alguna manera considerarse que llama cuerpo a la misma naturaleza y sustancia divina; no un cuerpo tal cuyas partes puedan o deban ser pensadas como mayores o menores, como son todos los que propiamente llamamos cuerpos; aunque sobre el alma piense algo así: pero podría, como dije, considerarse que llama cuerpo a Dios porque no es nada, no es vacuidad, no es cualidad de cuerpo o alma, sino que está en todas partes completamente, y no dividido por espacios de lugares, permaneciendo sin embargo inmutable en su propia naturaleza y sustancia. Por lo tanto, Tertuliano no se hizo hereje por esto; sino porque al pasar a los Catáfrigos, a quienes antes había destruido, comenzó también a condenar las segundas nupcias contra la doctrina apostólica (I Tim. IV, 3) como si fueran fornicaciones, y posteriormente, incluso separado de ellos, propagó sus propias reuniones. También dice que las almas de los hombres más malvados se convierten en demonios después de la muerte.

LXXXVII. Hay una cierta herejía rústica en nuestro campo, es decir, en Hipona, o más bien había: pues disminuida gradualmente, permanecía en una pequeña aldea, en la cual, aunque pocos, todos eran de esta herejía, quienes ahora todos han sido corregidos y hechos católicos, y no queda nadie de ese error. Se llamaban Abelonios, por una declinación púnica del nombre. Algunos dicen que fueron nombrados por el hijo de Adán, llamado Abel: de donde podemos llamarlos Abelianos o Abeloitas. No se mezclaban con sus esposas, y sin embargo, por el dogma de su secta, no se les permitía vivir sin esposas. Así, un hombre y una mujer viviendo juntos bajo la profesión de continencia, adoptaban un niño y una niña como sus sucesores en el pacto de esa unión. Cuando cualquiera de los padres moría, los hijos servían hasta la muerte del otro. Después de cuya muerte, también ellos adoptaban un niño y una niña de la misma manera. Nunca les faltó de dónde adoptar, ya que los vecinos circundantes generaban, y con gusto daban a sus hijos pobres con la esperanza de una herencia ajena.

LXXXVIII. La herejía de los Pelagianos es, en este tiempo, la más reciente de todas, surgida de Pelagio, un monje. Coelestio lo siguió tan de cerca como maestro, que los seguidores de ellos también son llamados Coelestianos. Estos son enemigos de la gracia de Dios, por la cual somos predestinados a la adopción de hijos por Jesucristo en Él mismo (Efesios I, 5), y por la cual somos rescatados del poder de las tinieblas, para que creamos en Él y seamos trasladados a su reino (Colosenses I, 13), por lo cual dice, Nadie viene a mí, si no le es dado por mi Padre (Juan VI, 66), y por la cual se difunde la caridad en nuestros corazones (Romanos V, 5), para que la fe opere por el amor (Gálatas V, 6), hasta tal punto que creen que el hombre puede cumplir todos los mandamientos divinos sin esta gracia: cuando si esto fuera verdad, parecería que el Señor dijo en vano, Sin mí nada podéis hacer (Juan XV, 5). Finalmente, Pelagio, increpado por los hermanos por no atribuir nada al auxilio de la gracia de Dios para cumplir sus mandamientos, cedió a su corrección hasta el punto de no anteponerla al libre albedrío, sino de manera engañosa y astuta, diciendo que se da a los hombres para que lo que se les ordena hacer por libre albedrío, puedan cumplirlo más fácilmente por la gracia. Al decir, Para que puedan más fácilmente, quiso que se creyera que, aunque más difícilmente, los hombres pueden cumplir los mandamientos divinos sin la gracia divina. Dicen que esa gracia de Dios, sin la cual no podemos hacer nada bueno, no es más que el libre albedrío, que nuestra naturaleza recibió de Él sin méritos precedentes, solo con su ayuda a través de su ley y doctrina, para que aprendamos lo que debemos hacer y esperar, pero no para que por el don de su Espíritu, hagamos lo que hemos aprendido que debe hacerse. Y por esto confiesan que se nos da divinamente el conocimiento, por el cual se expulsa la ignorancia, pero niegan que

se nos dé la caridad, por la cual se vive piadosamente: de modo que, aunque el conocimiento que sin caridad infla es un don de Dios, no es la caridad misma, que para que el conocimiento no infle, edifica (I Corintios VIII, 1). También destruyen las oraciones que hace la Iglesia, ya sea por los infieles y los que resisten la doctrina de Dios, para que se conviertan a Dios; ya sea por los fieles, para que se aumente en ellos la fe y perseveren en ella. Pues sostienen que los hombres no reciben esto de Él, sino que lo tienen por sí mismos, diciendo que la gracia de Dios por la cual somos liberados de la impiedad se da según nuestros méritos. Pelagio, temiendo ser condenado en el juicio episcopal palestino, fue obligado a condenar esto; pero en sus escritos posteriores se encuentra que enseña esto. También avanzan hasta decir que la vida de los justos en este mundo no tiene pecado alguno, y que la Iglesia de Cristo se perfecciona en esta mortalidad, para que sea completamente sin mancha ni arruga (Efesios V, 27); como si no fuera la Iglesia de Cristo, la que en todo el mundo clama a Dios, Perdona nuestras deudas (Mateo VI, 12). También niegan que los niños, nacidos carnalmente según Adán, contraigan el contagio de la muerte antigua en su primer nacimiento. Pues afirman que nacen sin ningún vínculo de pecado original, de modo que no hay nada que deba serles perdonado en el segundo nacimiento: sino que son bautizados para que, adoptados por la regeneración, sean admitidos en el reino de Dios, trasladados de lo bueno a lo mejor, no liberados de ningún mal de la antigua obligación por esta renovación. Pues incluso si no son bautizados, les prometen una vida eterna y bienaventurada, aunque fuera del reino de Dios. También dicen que Adán, incluso si no hubiera pecado, habría muerto corporalmente, no por el mérito de la culpa, sino por la condición de la naturaleza. Se les objeta también otras cosas, pero estas son principalmente, de las cuales se entiende que también aquellas dependen, todas o casi todas.

He aquí cuántas herejías hemos mencionado, y sin embargo no hemos cumplido con la medida de tu petición. Desde que la religión cristiana, para usar tus palabras, recibió el nombre de la herencia prometida, ¿cómo pude mencionar todas las herejías que han surgido, si no pude conocerlas todas? Creo que esto es así porque ninguno de aquellos cuyos escritos sobre este tema he leído, las ha enumerado todas: ya que encontré en uno lo que no encontré en otro; y nuevamente en este, lo que aquel no mencionó. Sin embargo, he mencionado más que ellos porque he recopilado de todos, lo que no encontré en cada uno, añadiendo también lo que recordando no pude encontrar en ninguno de ellos. Por lo cual creo con razón que tampoco he mencionado todas; porque no pude leer a todos los que han escrito sobre este tema, ni veo que ninguno de los que leí lo haya hecho. Finalmente, incluso si tal vez mencioné todas, lo cual no creo, no sé si realmente lo son todas. Y por eso lo que deseas que termine con mi discurso, no puede ser comprendido al menos por mi conocimiento. He oído que San Jerónimo escribió sobre las herejías, pero no pudimos encontrar su obra en nuestra biblioteca, ni sabemos de dónde se pueda obtener. Si tú lo sabes, accede a ella, y tal vez tendrás algo mejor que esto nuestro: aunque tampoco creo que él, aunque hombre muy docto, haya podido investigar todas las herejías. Y ciertamente, los herejes Abeloitas de nuestra región, según creo, él no los conoció: así como tal vez en otros lugares, otros escondidos en lugares muy oscuros, escaparon a su conocimiento por la misma oscuridad de sus lugares.

Ahora bien, lo que contienen tus cartas, que digamos absolutamente todo por lo cual los herejes disienten de la verdad, aunque lo supiera todo, no podría hacerlo; cuánto menos puedo, quien no puede saberlo todo. Hay herejes, lo cual debe admitirse, que con uno o no muchos más dogmas atacan la regla de la verdad: como los Macedonianos o los Fotinianos, y otros que se comportan así. Pero aquellos, por así decirlo, fabulistas, es decir, los que tejen fábulas vanas y largas y enredadas, están tan llenos de falsos dogmas, que ni siquiera ellos mismos pueden numerarlos, o pueden hacerlo con gran dificultad. Ninguna herejía se da a

conocer fácilmente a un extraño como a los suyos: por lo cual tampoco de aquellas que he mencionado, profeso haber dicho o aprendido todos los dogmas. ¿Quién no ve cuánta labor y cuántas letras requiere este asunto? Sin embargo, no por eso es poco útil evitar los errores que he entretendido en esta obra, una vez leídos y conocidos. Pues lo que la Iglesia católica siente contra esto, que pensaste que debía decir, se busca en vano: ya que basta saber que siente contra esto, y que nadie debe recibir nada de esto en la fe. Cómo deben ser afirmadas y defendidas las verdades contra estas cosas, excede el límite de esta obra. Pero ayuda mucho al corazón fiel, saber qué no debe creerse, aunque no pueda refutarlo con la capacidad de discutir. Por tanto, todo cristiano católico no debe creer estas cosas: pero no todo el que no cree estas cosas, debe por consiguiente considerarse o llamarse ya cristiano católico. Pues pueden existir otras herejías, que no han sido mencionadas en esta obra nuestra, o pueden surgir, de las cuales si alguien sostiene alguna, no será cristiano católico. ¿Qué debe hacer entonces el hereje, es lo que debe investigarse a continuación: para que, con la ayuda del Señor, evitemos no solo lo que sabemos, sino también lo que no sabemos, ya sea que ya haya surgido o que aún pueda surgir, evitemos los venenos heréticos. Este debe ser ya el fin de este volumen, que creí debía enviarte antes de completar toda esta obra, para que cualquiera que lo lea, me ayude con sus oraciones a completar lo que resta, que ves que es tan grande.